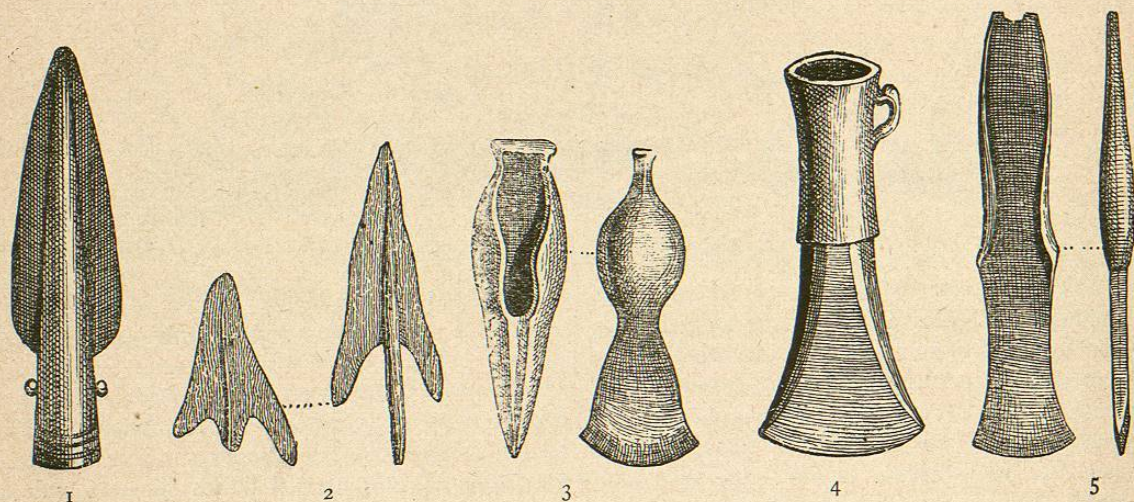


Divídese ordinariamente la edad de los metales en edad del bronce y edad del hierro. El hierro, en verdad, era de antiguo conocido; sólo que tal como podía producirse resultaba de mala calidad y no servía para la fabricación de armas ni objetos de lujo, los únicos que se conservaban formando parte del mobiliario funerario. El bronce tenía más resistencia y brillo, era más buscado. Pero siendo el bronce una aleación de cobre y de estaño, implica el empleo anterior en su diverso estado de los dos elementos que lo forman, acaso no del estaño, que es blando y además muy raro, sino del cobre, que es duro y muy general. Es, pues, la edad del cobre la etapa necesaria antes de la del bronce. Está representada en nuestras regiones por hachas cuya forma reproduce exactamente la forma de los mismos instrumentos en piedra púlida, por pu-

de mujeres, esculpidas en las grutas champañesas, cuyos adornos se hallan de nuevo en los departamentos de Oise, Aveyrón y Gard. Pero esos ensayos informes no recuerdan en nada la manera de hacer del artista magdaleniano. La imagen de la forma humana y animal tiende á desaparecer y no interviene sino excepcionalmente, como motivo ornamental, y generalmente desnaturalizado. Deja su puesto al estilo llamado *geométrico* porque consiste en líneas rectas, curvas ó quebradas, en meandros, en círculos, en cuadrados, en rombos, formando una especie de tejido de composición sistemática. Este estilo dominará en el Norte y el centro de Europa y se comunicará hasta Italia y Grecia.

Los rasgos comunes que presenta en Europa la civilización del bronce y del hierro nos autorizan á emplear, para caracterizar sus fases diversas en nuestro



Armas de bronce, extraídas de las viviendas lacustres de Suiza

1, Punta de lanza; 2, punta de flecha; 3, hacha de bordes replegados (frente y perfil); 4, hacha de cubo; 5, hacha-cuchillo (frente y perfil)

ñales derivados igualmente de las puntas de lanza ó de las flechas neolíticas. A los puñales de cobre, y procediendo de ellos, suceden los de bronce.

Pregúntase de dónde nuestras poblaciones sacaron el estaño. Cerrados al mundo occidental durante la antigüedad los yacimientos estañíferos de Indo-China, no queda para facilitar la fabricación del bronce en Europa más que el estaño de las Cassitérides, es decir, de la punta de Cornouailles. Transmítiose por la vía terrestre desde los extremos de nuestro continente hasta los pueblos del mar Egeo y de allí á Egipto, y como los primeros ejemplares de bronce egipcio no se remontan en su edad á menos de tres mil años antes de nuestra era, se comprende á qué fecha mínima es preciso referir la aparición de ese metal en nuestras comarcas, que no es apenas verosímil que fuese conocido tan lejos antes de serlo en los lugares que proporcionaban la materia indispensable para esa combinación.

Ha visto la edad de bronce desenvolverse un arte que le es propio. El arte de la Madelaine se ha extinguido pasados los tiempos cuaternarios. Ha terminado la imitación de la naturaleza viva. Sin duda no se abandonan completamente al comenzar la piedra púlida las representaciones antropomórficas. Testigo las figuras

país, términos tomados en ciertos lugares situados fuera de las fronteras de la Francia actual. Hallamos así, tomando por tipo la necrópolis de Hallstatt, en las montañas Salzburguesas, el período *hallstatiano*, que corresponde al comienzo del estilo geométrico y á la invención de la espada de bronce. Pero ya comienza á mostrarse la espada de hierro, que á pesar de sus imperfecciones, señaladas por los autores clásicos, acabará por ser preferida, sin duda por la abundancia de su materia y por la facilidad de proveer de ella á gran número de combatientes.

Al período hallstatiano, llamado alguna vez la primera edad del hierro porque el uso de este metal no era aún preponderante, sucede el período de *la Tène*, en que substituye al bronce en muchos utensilios y ornamentos y se hace su empleo exclusivo en la fabricación de armas y principalmente de la espada. La *Tène* es un pueblo suizo cercano á Neufchatel.

La civilización de Hallstatt cesó de ser anónima en el término de su evolución. La espada hallstatiana, la gran espada de hierro, es la que en el siglo IV antes de Jesucristo pasea por todo el antiguo mundo el terror del nombre céltico. Así, desde las profundidades de la época paleolítica llegamos de lleno á la luz de la historia.

## CAPÍTULO II

## LOS PUEBLOS HISTÓRICOS

I. Los iberos y los ligures.—II. Los fenicios.—III. Los celtas y sus emigraciones.—IV. Los pueblos de la Galia

## I.—Los iberos y los ligures (1).

En el más lejano horizonte de nuestra historia figura el pueblo de los iberos. Estaba repartido en Sicilia, Córcega, en la Península Hispánica, en Italia y en el Mediodía de Francia.

El geógrafo Estrabón, que vivió al principio de nuestra era, nos enseña que la palabra Iberia se aplicó en otro tiempo á todo el país comprendido entre los golfos de Gascuña y de Lyon, y en efecto, iberos eran los que los focenses encontraron en la costa de Langüedoc, hacia el año 600 antes de J. C. (2).

Cuando los romanos conquistaron la Galia en el primer siglo anterior á nuestra era, encontraron entre los Pirineos y el Garona á los aquitanos. Sin trabajo reconocieron en este pueblo un próximo pariente de los iberos de España. Los aquitanos, desde la invasión de los *vascones* españoles al final del

Puñales con empuñadura de bronce y hoja de hierro, encontrados en las tumbas de Hallstatt.

siglo VI después de J. C., tomaron el nombre de gascones, de que la palabra vascos es una alteración. Hemos distinguido entre los gascones y los vascos. Llamamos gascones á los aquitanos latinizados que han sacado del latín un dialecto romano, y vascos á los que, resistiendo

(1) FUENTES.—Los datos están muy dispersos. Se hallarán citados al mismo tiempo que discutidos por D'Arbois de Jubainville, *Les premiers habitants de l'Europe*, 2.<sup>a</sup> edición, 1889-1894. En su mayor parte están tomados de los historiadores y de los geógrafos griegos.

OBRA DE CONSULTA.—Desjardins, *Géographie de la Gaule*, II. D'Arbois de Jubainville, obra citada. Müllenhoff, *Deutsche Alterthumskunde*, III, 1892. Hirschfeld, *Aquitaniens in der Römerzeit*, Sitzungsberichte de la Academia de Berlín, 1896. Rice Holmes, *Caesar's Conquest of Gaul*, 1899. Mehlis, *Die Ligererfrage*, *Archiv für Anthropologie*, 1899. El parentesco de los vascos y de los iberos ha sido afirmado por G. de Humboldt, *Prüfung der Untersuchungen über die Urbewohner Hispaniens vermittelt der baskischen Sprache*, 1821. Su teoría ha sido aceptada por Luchaire, *Les origines linguistiques de l'Aquitaine*, 1877.

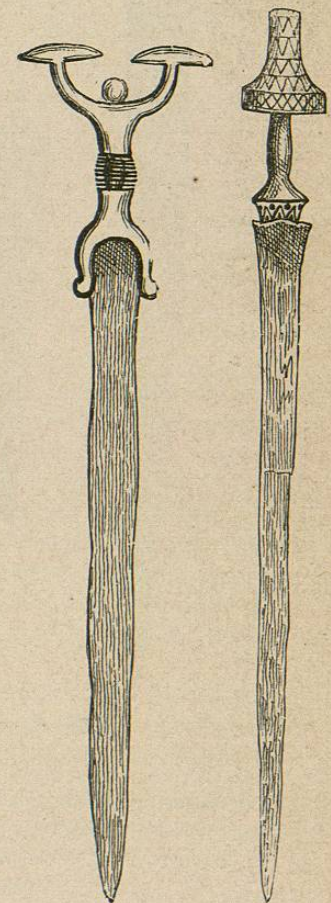
(2) Véase el párrafo segundo.

á la presión de Roma, han conservado hasta nuestros días su lengua indígena. Los vascos son hoy en nuestro territorio, aproximadamente, 140.000 individuos acantonados en el departamento de los Bajos Pirineos. Se llaman ellos mismos *Euskaldunac*, hombres que hablan el *éuscaro*. El *éuscaro* ó vasco pertenece á la clase de lenguas llamadas aglutinantes, representada en Europa por el húngaro, el finlandés y el lapón. Pero inútil es buscar relaciones, sea con esos idiomas, sea con los otros de la misma especie, en África ni el resto del globo. El vasco se ha mostrado rebelde á toda asimilación de ese género. Ha podido en compensación demostrarse sus relaciones con el antiguo aquitano. Del aquitano conocemos algunos nombres geográficos. El nombre de los Euskaldunac se halla de nuevo en uno de los principales pueblos de la Aquitania, los *ausci*. La capital de los ausci, Auch, se llamaba primitivamente *Elimberrum*. Este mismo nombre bajo la forma de *Illiberis* era el de Elna en el Rosellón. Ahora bien: la radical *ili, iri, uri, hiri*, tiene en vasco el sentido de lugar habitado y ha formado en esa lengua el nombre de un gran número de ciudades y de aldeas: *Iriun, Irizar, Iriberry, Irigoyen ó Urigoyen, Uliberri*, etc. La filiación, pues, del vasco y del aquitano parece averiguada, y como la identidad de los aquitanos y de los iberos lo está igualmente, resulta que los vascos deben ser considerados como los descendientes de esos últimos.

¿Cuál es el lugar de los iberos entre los pueblos sin nombre descritos más arriba? Lo ignoramos. Nótese que en el *éuscaro* las palabras que designan el hacha y todos los instrumentos cortantes están sacados de una misma radical que significa roca. Puede deducirse de aquí que la lengua ibera se remonta á una época en que era desconocido el uso de los metales.

Los ligures ó liguses sucedieron á los iberos en el imperio del Occidente. Se extendían desde las costas del mar del Norte al

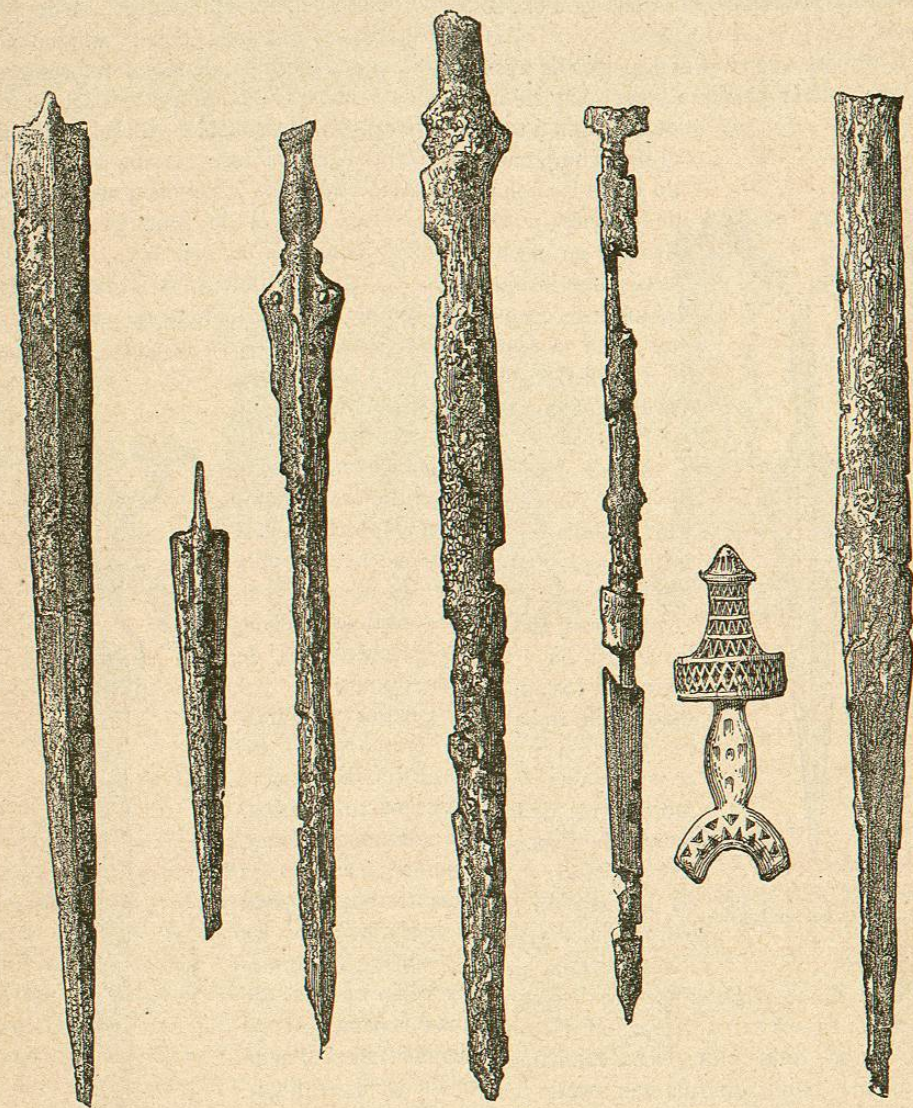
fondo de España y de Italia. Habían penetrado en esta última península desde el siglo XII ó XIII antes de J. C., y desde más antiguo estaban establecidos en la región del Po. Muéstralos en Francia un antiguo periplo, cuya redacción primitiva no puede fecharse, desgraciadamen-



Espadas con empuñadura de bronce y hoja de hierro, encontradas en las tumbas de Hallstatt.

té, con exactitud (1), á lo largo del Océano. Y en efecto, numerosos indicios parecen denunciar en la Aquitania la presencia de un fuerte elemento ligurino superpuesto á la capa ibérica. (La ciudad de Marsella fué fundada en Liguria 600 años aproximadamente antes de J. C.) En esa época la margen derecha del Ródano pertenecía aún á los iberos; pero cien años más tarde el historiador Hecates de Mileto cuenta entre los ligures á los *Elisyces*, cuya capital era Narbona. La parte oriental de la cuenca del Ródano es en nuestro país la comarca en

*osco, usco*, que es propio de los nombres de lugar, no se encuentra en Francia menos de setenta veces en veinticinco departamentos, de los que pertenecen diez y nueve á la cuenca del Ródano y á las cuencas secundarias que se le unen. Los otros seis forman parte de las cuencas del Sena (Yonne, Aube, Marne), del Garona (Ariège, Aveyrón), del Loira (Haute-Loire). Bastará citar algunos ejemplos: Manosque (*Manuasca, Manoasca*) en los Bajos Alpes; Nevache (*Annevasca*) en los Altos Alpes; Gréasque (*Gratiasca*), Tarascón (*Ta-*



Espadas de hierro procedentes de diferentes túmulos. (Museo de Saint-Germain.)

que la dominación de ese pueblo ha durado más tiempo. Se mantuvo allí hasta el siglo IV antes de J. C., en que fué vencido por la invasión de los celtas. Los celtoligures son los que Estrabón señala en nuestra provincia en el primer siglo de nuestra era.

Dejaron los ligures en nuestra toponimia huellas más profundas que los iberos. El sufijo *asco, asca*,

(1) Lo hemos conocido por la compilación poética del *Ora marítima*, redactada en el siglo IV después de J. C. por Festo Avieno. El periplo griego en que se inspira esta descripción debe remontarse al siglo V antes de J. C. Hay razones para creer que fué redactada por un marsellés y que procede de un periplo cartaginés.

*rusco*), en las Bocas del Ródano; Branoux (*Branoscus*) en el Gard, Santoche (*Centusta*) en el Doubs, etc. Hay en Francia nombres de lugar terminados por este sufijo, cuya radical no, se explica ni por el latín ni por el céltico. Deben remontarse á una época en que el céltico no se hablaba aún. Los hay en que la radical es céltica, otros en que es latina, lo que nos permite suponer que aun después de la conquista romana el ligur no estaba del todo olvidado.

No han sobrevivido de la lengua de los ligures sino algunas raíces y algunos sufijos. Se ha creído recientemente reconocerla en ciertas inscripciones del Mediodía de Francia consideradas largo tiempo como célti-

cas (1). Por raros que sean esos indicios, han autorizado la clasificación del ligur entre las lenguas llamadas indoeuropeas ó arias. Ese pueblo sería, pues, el más antiguo conocido en nuestro continente entre los que pertenecen á esa gran familia lingüística. Los documentos arqueológicos vienen en apoyo de esta teoría. Los ligures son verosíblemente los mismos hombres que construyeron las ciudades lacustres sobre las dos vertientes de los Alpes. Además el mobiliario de las más antiguas de estas ciudades corresponde bastante exactamente al estado de civilización de los primeros arios tal como ha podido representársela estudiando el vocabulario primitivo (2).

Las montañas que rodean el golfo de Génova fueron el último refugio de la independencia de los ligures. El griego Posidonio, que los visitó en la primera mitad del primer siglo antes de J. C., nos ha legado una exacta descripción de sus habitantes. Conservaron en sus agrestes guaridas algo de la antigua barbarie. Era una raza vigorosa, corta la talla, el cuerpo seco y nervioso, fuerte ante la adversidad, ávida de ganancias, valiente, feroz y astuta. Explotaban en su propio terreno la madera de sus bosques. Muchos descendían á las ciudades para emplearse en calidad de obreros. Pero su principal industria era el pillaje terrestre y marítimo. Sus depredaciones constituían el terror de los campos vecinos y sus barcas pirateaban por el Mediterráneo.

## II.—Los fenicios (3) y Marsella (4).

Hicieron su aparición los fenicios en el Mediterráneo occidental hacia el año 1100 antes de nuestra era. Convirtiéronse en amos en menos de dos siglos. Los establecimientos que fundaron en nuestro litoral, ni los mencionan los historiadores, ni queda de su existencia huella material alguna. Ha ocurrido con esos establecimientos como con tantos otros sembrados por el mismo pueblo sobre el circuito y en las islas del mar interior: su recuerdo se habría perdido si no le hubiesen conservado ciertos nombres de lugar de los que aún está hoy en uso alguno. Una vez más se nos presenta

(1) D'Arbois de Jubainville, *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions*, 18 Junio 1897. Si esto es cierto, el ligur estaría estrechamente emparentado con las lenguas italoitas. Bréal, *Lettre à M. Alexandre Bertrand sur le mot gaulois «bratoude»*, *Revue archéologique*, 1897.

(2) Schrader, *Sprachvergleichung, und Urgeschichte*, 1890, páginas 512 y siguientes.

(3) Desjardins, *Géographie de la Gaule*, II. Müllenhoff, *Deutsche Alterthumskunde*, I, 1870. Bérard, *La Méditerranée phénicienne*, «*Annales de géographie*», 1895 y 1896.

(4) FUENTES.—Los textos más extensos son los de Justin (XLIII, 3-5) y de Estrabón, IV, 1. Para datos relativos á la fundación, Hermann, *Griechische Staatsalterthümer*, 1875, párrafo 78, número 28.

OBRAS DE CONSULTA.—Herzog, *Galliae Narbonensis historia*, 1864. Desjardins, II, pág. 140 y siguientes. Müllenhoff, II, página 211 y siguientes. Hirschfeld, *Gallische Studien*, Sitzungsberichte de la Academia de Viena, I, 1883. Castanier, *Origines historiques de Marseille et de la Provence*, 1896. Clerc, *Le développement topographique de Marseille depuis l'antiquité jusqu'à nos jours*. Extracto de la obra *Etudes sur Marseille et la Provence*, publicada por la Sociedad de geografía con ocasión del Congreso geográfico celebrado en Marsella en 1898. L. de la Saussaye, *Numismatique de la Gaule Narbonnaise*, 1842. S. Reinach, *Statues archaïques de Cybèle*, «*Bulletin de Correspondance hellénique*», 1889. Clerc, *Massalia, Histoire de Marseille dans l'antiquité*.

la toponimia como el más seguro testigo de ese lejano pasado. El del Mediterráneo ha podido con exactitud compararse á un terreno sedimentario compuesto de capas superpuestas, de las que representa cada una una dominación desaparecida. En los más antiguos yacimientos, inmediatamente encima del depósito helénico se muestra el depósito fenicio.

El nombre de la isla *Phoenice*, una de las Pomègues, no necesita comentario. El de *Ruscino*, Castel-Roussillon, sobre el Tet, procede de una raíz semítica que quiere decir cabeza, cabo. Otros nombres recuerdan los dioses cuyo culto se implantó en sus márgenes por los marinos de Tyro y de Sidón. Eran los principales Astarté y Melqart, de que los griegos y latinos hicieron Afrodita y Venus, Heracles y Hércules, sin abandonar completamente su fisonomía primera y sin despojarlos de los lugares en que habían sido sus altares instalados. El promontorio de Afrodita, ahora cabo de Creus, y el Puerto de Venus, *Portus Veneris*, Port-Vendres, evocan el culto de Astarté. Las dos Heracleas en la embocadura del Ródano y en la bahía de Cavalaire, los dos puertos de Hércules en la rada de Villefranche y al pie de las rocas de Mónaco, estuvieron consagrados á Melqart. La segunda Heraclea en la bahía de Cavalaire, *Heraclea Caccabaria*, tiene á más un nombre que fué dado á Cartago (*Caccaba*). Mónaco procede de *Menouha*, que quiere decir alto, descanso (5).

La leyenda de Melqart Heracles ocupa lugar importante en las tradiciones relativas á la Galia. El dios viajero conquista la Libia. Franqueó el estrecho que de su nombre tomó el de Puertas de Hércules (Gibraltar). Atravesó España, trepó los Pirineos, se internó en el Norte, volvió hacia el Mediodía, combatió á los ligures é hizo caer sobre ellos la lluvia de piedras que desde entonces cubre la llanura de Crau. Escaló luego los Alpes y fué á continuar á Italia el curso de sus hazañas. Ocltase bajo estas fábulas un fondo de verdad. Prolongábase por las caravanas el comercio de los fenicios en el interior de las tierras. De todos los artículos que iban á buscar lejos, los más solicitados eran los metales. Ahora bien: los Pirineos, los Cevenas, los Alpes, encerraban en esa época minas de oro y plata. El estaño de los Cassitérides tocaba en las costas de la Mancha, remontaba el Sena y descendía hasta el Mediterráneo por la cuenca del Ródano. La misma cuenca constituía una de las vías de transporte del ámbar.

A partir del siglo VIII anterior á nuestra era la deca-

(5) Se descubrió en 1845 en Marsella una larga inscripción fenicia que comprendía la tarifa de los censos debidos á los sacerdotes de Baal por los sacrificios ofrecidos á su dios. (*Corpus inscriptionum semiticarum*, I, núm. 165.) Se ha hallado en esto fundamento para imaginar una fundación fenicia anterior á la fundación focense. El nombre de *Massalia*, que no se explica por el griego, se presta á esa hipótesis. Pero el análisis geológico ha demostrado que había sido extraída la piedra de las canteras tunecinas. Por otra parte parece resultar del examen de los caracteres, que la inscripción no es anterior al V ó VI siglo antes de J. C. Supone Renán que fué el monumento llevado á Marsella por una circunstancia casual. Podría decirse asimismo que comprueba la existencia de una colonia cartaginesa en la ciudad helénica. Recientemente, en 1897, se descubrió en Avignón una segunda inscripción fenicia mucho más corta. La procedencia local de este monumento no está mejor comprobada que la del anterior. (Clerc, *Note sur l'inscription phénicienne d'Avignon*, «*Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions*», 10 de Junio de 1898.)

dencia de Tyro favoreció la expansión de los griegos fuera del archipiélago. En 578 (antes de J. C.) los rodios fundaron Rodas, hoy Rosas, al Sur del Cabo de Creus. Veinte años antes aproximadamente los focenses habían fundado *Massalia*, Marsella.

Mal conocida la historia de Marsella, sólo puede ser esbozada á grandes rasgos. Hacia el año 600 antes de J. C., un ejército de aventureros salidos de Fócida, en Asia Menor, echó el ancla en las costas de Liguria ante un promontorio de rocas, cuyo aspecto evocaba á los ojos de los emigrantes la imagen de su patria. La colonia entonces fundada recibió un notable refuerzo tres ó cuatro siglos después. En 542 la población de Fócida entera se embarcó para sustraerse á la dominación de los persas. Desgraciadamente para los fugitivos, se había alterado una vez más el equilibrio de las fuerzas en el Mediterráneo occidental. Tyro había sucumbido en 574, mas le había sucedido un heredero sobre las costas de Africa. Para restaurar en provecho propio el imperio perdido por la metrópoli, desplegó Cartago energías y recursos increíbles. Los etruscos, amenazados como Cartago por los progresos de la marina griega, le prestaron el concurso de su flota. Vencidos en las aguas de Córcega, en 537, los focenses se dispersaron. Refugiáronse los unos en Italia, ganaron los otros Marsella, y olvidóse más tarde á los primeros emigrantes para atribuir á los segundos el acto de la fundación. La versión era más dramática, pero contraria á la verdad.

Cincuenta años transcurrieron, que representaron para la ciudad naciente un período de silenciosa labor. Cuando á principios del siglo v tomaron los griegos la ofensiva en toda la línea, desde Salamina hasta Hímera (480), hallóse dispuesta. Encendiéronse las hostilidades con Cartago. La causa ó el pretexto de la guerra fué un conflicto entre barcos de pesca. No sabemos á punto fijo ni cuándo estalló ni qué tiempo duró. Lo seguro es que fué gloriosa para los masaliotas. Han sido sus victorias mencionadas por Tucídides. Estrabón vió en la ciudad expuestos los trofeos, y Pausanias señaló en Delfos la estatua de Athena Pronoe, ofrecida en conmemoración de los mismos sucesos.

Inauguróse en seguida la gran época de Marsella. No podía contar ni con Cartago ni con los etruscos. Absorbía hacía tiempo la atención de Cartago una penosa serie de guerras en Sicilia y en el Africa. La flota de los etruscos había sido destruída por los siracusanos y ya comenzaba á vacilar en tierra ante los ataques de Roma. Se imponía la alianza entre Roma y Marsella y fué pactada desde los primeros años del siglo iv y quizá antes. Provechosa por igual á ambas partes, proporcionaba al uno los auxilios de una sólida marina y al otro todos los recursos de la primera potencia militar de Italia.

Alcanzó el dominio de Marsella todo su desenvolvimiento en el siglo vi antes de J. C. Describía como un inmenso arco de círculo desde los Alpes marítimos hasta Andalucía. Los dos puertos del Melqart, convertidos en puertos de Heracles, en Mónaco y la rada de Villefranche, eran los puestos avanzados del lado del Este. Eclipsó á uno y otro una creación propiamente marsellesa, el puerto de *Nice* (Niza) ó de la Victoria. Enfrente de Niza se elevaba *Antipolis* (Anti-

bes). La ciudad de Athena (*Athenopolis*) en la bahía de Saint-Tropez, la ciudad de *Heraclea Caccabaria* en la bahía de Cavalaire, la ciudad feliz de *Olbia*, la bendita, cerca de Hyères, formaban una muralla ó macizo de los Maures. No parece que intentaran los marselleses el sitio de Tolón. El antiguo nombre de la Ciotat, *Citharista*, demuestra que su atención se fijó más bien sobre esta última localidad, y en efecto, á dos kilómetros de ella estaba *Tauroentum*, la fundación más importante entre Olbia y Marsella.

El litoral languedociano, menos rico en abrigos naturales, no contaba sino con una colonia, pero perfectamente situada, la colonia de la Buena Fortuna, *Agathè Tychè*, en el cabo que le da su nombre, el cabo de Agda, una de las pocas salientes que ofrece un refugio á los marinos alcanzados por las tempestades del golfo de Lyon. Más lejos, en la base de los Pirineos orientales, se abre el puerto de Venus, *Port-Vendres*, de que se apoderaron los fenicios y que pasó naturalmente al dominio de sus sucesores. *Rhoda*, á pesar de sus orígenes rodios, no pudo por más tiempo escapar á la supremacía de los focenses. Marsella tenía en España otras fundaciones: *Emporiae*, actualmente Ampurias, no lejos de las dos precedentes ciudades; *Hemerocopium*, en las cercanías del cabo de la Nao; *Alonis*, de que se ignora la situación exacta; en fin, cerca de Málaga, *Maenaca* (Almunezar), de que el nombre, que se parece al de Mónaco, denota una fundación fenicia y que era la última de las posesiones masaliotas hacia Gibraltar.

Sea la que fuere la importancia actual de nuestra gran ciudad mediterránea, esta época de su historia representa la de su apogeo. Distaba mucho, sin embargo, la ciudad antigua en igualar á la moderna en extensión y número de habitantes. Lo ganado al mar y los trabajos de nivelación han cambiado tanto el aspecto de los lugares, que se hace difícil representársela en la península estrecha y abrupta en que se mantuvo largo tiempo inexpugnable. De las alturas en que se escalonaba la antigua Marsella y en que se erguía la ciudadela, descendía por estrechas masas sobre el Lacydón, el puerto viejo de hoy día. Era entonces uno de los más vastos del mundo y de los mejor resguardados por la naturaleza y por el arte. Los astilleros y los arsenales que lo rodeaban eran famosos. Pueblo práctico, los masaliotas reservaban todo su lujo para este género de construcciones. No parece, por lo demás, que gastaran mucho. Las casas particulares fueron construídas en madera hasta la dominación romana.

Los únicos templos mencionados por Estrabón son los de Artemis y de Apolo. Subsisten de ellos algunos trozos de escultura interesantes por su carácter, su fecha y su procedencia. Una Afrodita arcaica, conservada en el museo de Lyon, revela por su factura la mano de la escuela jónica, de la mitad del siglo vi antes de J. C. A la misma época corresponde toda una serie de estelas en número de cuarenta y siete. Se ha observado la semejanza de estas estatuas con las que decoraban la vía sagrada de los Branquidas en Didymo, en Asia Menor, y con otras obras análogas halladas en Cyma, en la misma comarca. Lo más curioso es que, á juzgar por la piedra caliza en que están

talladas, las mismas estelas marsellesas parecen importadas de la madre patria.

La colonia, emancipada de esas influencias, ¿vió acaso más tarde formarse una escuela de escultura local? Lo que puede decirse es que sus monedas, cuya colección es muy rica y muy instructiva, no tienen sino un valor secundario desde el punto de vista artístico. La originalidad de los masaliotas en el terreno intelectual no está ahí. No está tampoco en las letras, en que no se distinguieron sino más tarde, después de la pérdida de su independencia. En lo que sobresalieron fué en las investigaciones científicas. La geografía principalmente les debe un impulso cuyos resultados, de habérselos secundado, habrían sido incalculables.

Es el siglo iv de nuestra era fecha memorable en los descubrimientos geográficos. Las conquistas extendie-

sido preciso el advenimiento de la ciencia moderna para colocar á Pytheas en su lugar entre los que honra como sus precursores.

Fueron las instituciones de Marsella célebres: Aristóteles las describió, y habló de ellas Cicerón con entusiasmo. Por una excepción notable, esta ciudad marítima y comercial no conoció ni la tiranía ni la democracia. Los peligros de su situación en medio de naciones bárbaras ó enemigas y la consiguiente necesidad de fortificar el poder, su aislamiento lejos del foco del helenismo, la distancia que la preservaba del contagio y no dejaba llegar á ella sino un débil eco de las luchas desencadenadas al otro lado de los mares, la vecindad de Roma; en fin, la hostilidad que esta potencia aliada sintió siempre por los gobiernos populares, aun entonces que pareció entregada por su



La piedra de Antibes

ron por el Oriente el conocimiento de la tierra habitada; Marsella realizaba la misma tarea por el lado opuesto. El viaje del marsellés Euthymeno á lo largo del Africa corría parejas con el de Nearco por el mar Erythreo. Dos flotas griegas mostrábase á un tiempo en las bocas del Senegal y del Indo. Pero la gloria de Euthymeno palideció ante la de su compatriota Pytheas. Las relaciones de uno y otro se han perdido. La de Pytheas sólo nos es conocida por las alusiones denigrantes de los geógrafos que le sucedieron. Bastan para dejarnos entrever la grandeza de su obra. Partió de *Gades* (Cádiz), siguió las costas de España y Francia, visitó el país del estaño, penetró en el canal de Bristol, dió la vuelta á la Bretaña hasta los Shetland, se internó en el mar del Norte, reconoció la Península Címbrica, en que señaló los teutones, y llegó al Báltico. Pero más aún que la audacia del explorador es de admirar el espíritu científico que presidió su labor. Observó la relación de la mareas con las fases de la luna, determinó las latitudes, fijó la posición del polo, y por el cálculo más que por la observación personal ó bajo la fe de vagos relatos, comprobó el fenómeno de los largos días y de las largas noches en la zona glacial. La antigüedad no le hizo justicia. Formóse después de él una escuela que substituyendo á los métodos matemáticos los cálculos de un empirismo superficial y engañoso, desechó la cartografía del ilustre masaliota y lo acusó de impostura. La desgracia fué que no tuviese heredero. Los cartagineses tomaron de nuevo posesión de España y de nuevo privaron á Marsella del acceso al Océano. Siguiéron luego los romanos, de escasa curiosidad, y ha

propia cuenta á las pasiones demagógicas, todas estas causas pueden explicar ó ayudar á comprender ese raro ejemplo de estabilidad.

Habían los focenses abandonado su país en un tiempo en que aún dominaba el régimen aristocrático. Organizáronse en su nueva residencia bajo ese modelo. Reservóse los derechos políticos á algunas familias, las familias de los fundadores. Es claro que estas prerrogativas no podían sostenerse indefinidamente con el desarrollo de la riqueza pública. Pero se detuvieron en la primera etapa de la vía revolucionaria, en que fué preciso entrar. Durante el sexto siglo antes de J. C., la nobleza de nacimiento había cedido el puesto á esa oligarquía censataria que caracterizaron los griegos con el nombre de *timocracia*. Residía la soberanía en la asamblea de los *timuques*, que eran en número de seiscientos y estaban investidos de su dignidad vitaliciamente. A su cabeza figuraba el consejo de los Quince, presidido por un triunvirato cuyos miembros ejercían alternativamente la magistratura suprema. Sobrevivió esta constitución á la conquista romana durante más de un siglo.

Puede atribuirse al espíritu conservador de los masaliotas la singular reputación de que gozaron en la antigüedad. Ninguna ciudad fué más famosa por la severidad de sus costumbres. Una gravedad llena de elegancia, he ahí el rasgo que Tácito observará más tarde y que distinguió siempre á la ciudad focense.

Para los masaliotas, como para todos los helenos, la verdadera patria, el teatro de su actividad, el objeto de sus ambiciones era el mar. El continente no era á sus ojos sino un país que explotar. No aspiraban á conquis-

(X)  
VERO

(X)